

UN RENOVADOR DEL CUENTO

Juan Gabriel Martínez Martínez

“Parce que vous avez des fusils, vous croyez peut-être que nous aurons peur de vous demander de nous dédommager si vous venez chasser dans notre forêt?”

(Francis Bebey, *Le fils d’Agatha Moudio*)

Un territorio muy “explorado”

África. El territorio de las aventuras para nuestros sueños; el escenario que inspiró a los mejores directores durante décadas para que nuestra infancia y juventud encontraran refugio en largas veladas de cine a oscuras (luego llegó la televisión y la magia se transformó en cotidianidad, y posteriormente internet acabaría por vulgarizarla): *Mogambo*, *La Reina de África*, *Las nieves del Kilimanjaro*, *Las minas del Rey Salomón*, *Memorias de África*... Todos nos hemos sentido Clark Gable o Ingrid Bergman, Humphrey Bogart o Lauren Bacall, Gregory Peck o Ava Gardner, Stewart Granger o Deborah Kerr, Robert Redford o Meryl Streep (aunque ellas asuman un rol distinto al del hombre blanco cazador-guía y conocedor tanto de la lengua autóctona como del terreno, incluso mejor que los “pobres negros” utilizados como porteadores asustadizos y traicioneros; ellas son el elemento emocional, un terreno resbaladizo donde ni el mejor guía sabe interpretar las señales ni intuir el peligro). Y puede que hasta incubáramos la idea más o menos probable de materializar ese sueño. La literatura occidental a través de Ernest Hemingway, Isak Dinesen y otros autores menos importantes ha inoculado en los lectores europeos y americanos la idea de que ese territorio del hemisferio sur es un paraíso, icono de la libertad y la riqueza, de la alegría cotidiana ante bellos atardeceres o animales corriendo en libertad. El rally Paris-Dakar abundó en esa idea, aunque afortunadamente hace ya algunos años que abandonó esas latitudes y las sustituyó por nuevas “tierras vírgenes” a las que poder mancillar.

Y algo de verdad no le faltaba a esa construcción mental, solo que le faltaba un matiz: así era para el hombre blanco. ¿Le había preguntado alguien a los africanos qué opinaban al respecto? ¿Qué les ha reportado como beneficios a los habitantes de esa tierra, cuna del ser humano, despensa de materias primas de toda suerte para el “primer mundo”? Como no se trata aquí de plantear un debate sobre la huella ecológica de los países desarrollados, antiguas metrópolis de todas estas colonias, y su impacto sobre las posibilidades de desarrollo de estos jóvenes países, vamos a pasar por alto las consideraciones sobre estos aspectos socio-económicos; pero no queríamos dejar de hacer una referencia en esta introducción al pasado y al presente del Continente Negro, ni al imaginario colectivo que ha servido de justificación para el expolio del mismo.

A esa visión idealizada podríamos añadir otra más injusta y vil. Nos referimos a la que algunos autores dan del exotismo de este continente incluyendo en ella la consideración de sus habitantes como seres estúpidos, sin sentimientos, inferiores, tratándolos casi como animales. Es la que tuvieron los primeros europeos que llegaron al continente africano a capturar negros vendidos posteriormente como

esclavos en las colonias americanas, y que perduró en las sucesivas generaciones de colonos que se asentaron en esa tierra para vivir (y de paso enriquecerse). Particularmente cruel fue la explotación del Gongo por parte de los belgas, o más bien deberíamos hablar del expolio que Leopoldo I y muchos de sus compatriotas practicaron bajo la pasividad de la comunidad internacional, que permitió lo que se puede considerar (y algunos historiadores ya lo hacen) como el primer genocidio de la historia. Y eso en nombre de una supuesta misión redentora y evangelizadora, con un paternalismo hipócrita, falso, malvado. De ese sentimiento de superioridad quedan huellas en “*Tintin au Congo*”, segundo álbum de las aventuras de este intrépido reportero escritas por nuestro admirado Hergé. Ya en nuestros días se ha decidido no publicar más este álbum por considerarlo racista y xenófobo, y bien que nos alegamos de ello, si bien no dejaremos de reconocer la maestría de su autor y seguiremos disfrutando con la lectura del resto de su obra.

Para completar el panorama, recordemos que en los últimos años las referencias a África en los medios de comunicación no han sido tan gratas, de tal modo que de tragedia en tragedia, de conflicto en conflicto, nos hemos visto obligados a familiarizarnos con algunas de sus regiones más castigadas, y hasta hemos sido capaces de retener el nombre de algunas etnias: Darfur (gracias Georges Clooney), El Sahel (¿qué será de los cooperantes?), Azawad (¡los dioses te protejan Tombuctú!), El Cuerno de África (¿quiénes son realmente los piratas?) son lugares que día sí y día no nos traen preocupantes noticias; *utus* y *tutsis* nos recuerdan uno de los momentos más vergonzosos de nuestra historia reciente al permitir sucesivas masacres de unos y otros a manos de la etnia enemiga.

La producción cultural

En este desolado paisaje, los creadores de algunos países del norte (árabes en su mayoría) han sabido abrirse paso para hacer conocer al mundo cuál es su realidad. El famoso “choque de civilizaciones” de Samuel P. Huntington y su *alter ego* la “alianza de civilizaciones” de José Luis Rodríguez Zapatero han hecho el resto. La política y la economía globales han empezado a ver con interés y preocupación lo que pasaba en esos países, y las diferentes artes han aportado la visión de autores nacidos en ellos: Khaled (el más conocido de los cantantes de “raï”, música moderna hecha por árabes respetando las propias raíces musicales y muy apreciada por los jóvenes franceses de todos los orígenes), Tahar ben Yelloum, Naguib Mahfouz... Pero ¿qué ocurre un poco más al sur, o sea al sur del sur? El Sahel marca la frontera entre lo más conocido y lo desconocido; o dicho con las palabras con las que en España y en otros países de nuestro entorno solemos aludir a ese territorio, el África Subsahariana, como si a partir de ese límite todo se confundiera en un todo indescifrable, un origen indocumentado y una masa uniforme.

Pues bien, el arte existe en el África Negra (no solo el fútbol como algunos podrían creer); se hace (y se publica aunque parezca mentira) buena literatura; se canta y se baila con calidad, se filman películas que logran reconocimiento internacional y llegan a las salas comerciales de Europa y América. Y solo a veces se hace con el apoyo de las antiguas metrópolis coloniales, lo cual permite a estos productos culturales llegar al público occidental y aportar un poco de aire fresco al panorama existente, además de hacernos conocer desde un punto de vista incardinado en la realidad diaria, auténtico (esté sí) los problemas y las esperanzas, las alegrías y las tristezas de sus conciudadanos. Ahí tenemos a un cineasta como Michel

Ocelot interesándose por los temas tradicionales del África del Oeste en las películas sobre Kirikou: *Kirikou et la sorcière* y *Kirikou et les Bêtes sauvages*, en cuya banda sonora participó el senegalés Youssou N'Dour, extraordinariamente acogidas por la crítica internacional. O las carreras musicales del mencionado Youssou N'Dour o el malinés Salif Keïta; o los múltiples premios internacionales recibidos por el realizador burkinés Idrissa Ouedraogo con algunas de sus películas más reconocidas, en los festivales de Cannes, Berlín o Tokio: *Yaaba* (1989), *Tilai* (1990) o *Samba Traoré* (1991).

Las interrelaciones que se establecen entre todos estos intelectuales y artistas son continuas, independientemente de su procedencia geográfica y nacionalidad, a lo que no es ajeno el hecho de que comparten los lazos culturales de la francofonía en tanto que antiguas colonias francesas. Así, vemos cómo unos músicos colaboran en las bandas sonoras de las películas de sus amigos directores, o cómo algunos escritores participan en estas producciones como guionistas. Para ellos la cultura forma un todo al que acceden de diferentes formas. Pero lo más importante es que en esas manifestaciones culturales desempeñan un papel fundamental la tradición, el folclore, al modo como los románticos europeos del siglo XIX pretendieron captar en sus obras literarias, pictóricas o musicales el alma de sus pueblos. Por ello no es extraño que un escritor cultive simultáneamente la literatura, la música y el cine, como es el caso del escritor del que nos vamos a ocupar: Francis Bebey.

La literatura escrita por los colonizados

Si nos centramos en la literatura podríamos empezar reflexionando sobre la elección que los escritores originarios de estos países han hecho al publicar sus textos en la lengua de la antigua metrópoli.

Juan Goytisolo ha escrito un artículo titulado "*Noli me tangere*" sobre un autor absolutamente desconocido en España: José Rizal. El título del artículo reproduce el de una novela publicada por este autor en 1887, en Berlín. Se trata de un escritor filipino (cuando nació era español) nacido en el siglo XIX, pero que escribía en español aunque su lengua materna fuera el tagalo. Dice Juan Goytisolo de él: "como muchos escritores hindúes, árabes y africanos del siglo que dejamos atrás, Rizal se servía de la lengua del conquistador para denunciar las injusticias y abusos de la colonización".

Y justamente eso es lo que han hecho algunos autores para encontrar un sitio en la literatura mundial, tanto desde un punto de vista económico (si hay lectores se vende, y si se vende es rentable) como estratégico (si se lee se conoce, y si se conoce se ganan adeptos). Podríamos citar a modo de reconocimiento aquellos de cuyo prestigio ya nadie duda y que aparecen incluso en los manuales de literatura: el senegalés Léopold Sédar-Senghor, el nigeriano Wole Soyinka (que tuvo el honor en 1986 de ser el primer escritor africano en recibir el Premio Nobel de Literatura), el indio Salman Rushdie o el trinitense de origen indio V. S. Naipaul (estos tres últimos utilizan el inglés como lengua de expresión, mientras que el primero ha elegido el francés), además de los ya citados en el epígrafe anterior de este artículo. Junto a ellos podríamos citar otros escritores nacidos en esos países pero en el seno de familias pertenecientes a la población colonizadora (es decir blancos) que han tomado conciencia de la situación de sus compatriotas y se han puesto del lado de estos, asumiendo como suyo el compromiso por mejorar sus respectivos países y denunciando sus condiciones de vida. Este sería el caso de la sudafricana Nadine Gordimer.

Por todo ello hemos querido fijar nuestra atención en Francis Bebey, un autor completamente desconocido en España por no haber en español ninguna traducción de sus obras, aunque sí las hay en inglés, alemán, ruso o polaco.

Francis Bebey (Douala 1929-París 2001) era camerunés y ha dividido su vida entre tres pasiones: la música, la literatura y el cine. Como no podía ser de otra manera, acabó residiendo en París, donde pudo ejercer su actividad en diferentes medios. Desde allí viajó y llevó su actividad por todo el mundo con conferencias y conciertos (actuó en el Carnegie Hall de Nueva York), pero nunca perdió el contacto con su país natal.

En París trabajó para la Radiodiffusion Outre-Mer (convertida posteriormente en Radio-France Internacional) durante muchos años, conduciendo programas de música, materia en la que era una autoridad. De hecho, en tanto que musicólogo, se acercó a ella desde varios ángulos: el estudioso, el creativo y el divulgativo; y ella le permitió conjugar poesía y cine.

Bebey cantó y escribió en francés, siendo uno más de esos autores con proyección internacional cuyo perfil hemos trazado más arriba, si bien no ha alcanzado el éxito internacional de otros artistas africanos.

Escribió algunos libros de poesía, ensayos (especialmente de música), novelas y libros de relatos. Y como escritor obtuvo en 1968 el Gran Premio Literario del África Negra por su novela "*Le fils d'Agatha Moudio*".

Pero para completar esta breve semblanza no podemos olvidar que publicó varios álbumes de canciones (en las que el sentido del humor está siempre presente con un toque irónico), y que compuso las bandas sonoras de varias películas, entre ellas dos de Idrissa Ouedraogo (*Yaaba* y *Yam Daabo*), por las que obtuvo igualmente el premio a la mejor música de película del Festival Panafricano de Cine en 1987 y 1989. También fue galardonado en 1977 con el Premio SACEM de la canción francesa. Además fue agregado en la UNESCO como director del Programa de la Música para el conjunto de los estados miembros de la organización.

Como realizador, su obra incluye tanto documentales realizados por él mismo (igualmente dedicados a la música) como cortometrajes de ficción, unas veces como guionista, otras como director.

Pero la obra que queremos presentar aquí es un libro de relatos cortos (*nouvelles*) y cuentos (*contes*) titulado "*La lune dans un seau tout rouge*".

Dicontes y Diracontes

"*La lune dans un seau tout rouge*" fue publicado en la editorial parisina Hatier en 1989, dentro de la colección de literatura francófona. El mismo autor lo subtuló *Nouvelles et diracontes*, y en él se recogen 30 breves historias.

En la introducción de este libro el propio autor explica los conceptos "dicontes" y "diracontes", dos neologismos que dicen mucho de su concepción del cuento tradicional africano.

Este género se ha transmitido de generación en generación de forma oral, es decir que estos cuentos estaban concebidos para *ser dichos*. Por el contrario, las historias que Francis Bebey nos propone aún no han sido contadas, pero esperan serlo algún día, es decir que estos cuentos *serán dichos*. Arriesgando una traducción atrevida, podemos proponer dos neologismos en español (no podría ser de otra forma) para trasladar de forma más o menos exacta lo que este escritor nos presenta en esta obra: "dicecuentos" y "diracuentos" (o por aprovechar un término ya

existente: cuentacuentos y contaracuentos).

No se trata solo de un cambio terminológico. Como dijimos en el título de este artículo, el autor se propone renovar el género del cuento tradicional. En todos los textos flota un ambiente inquietante, irónico o cínico, que nos hace sentir un malestar indefinido, pues no sabemos en qué momento el relato va a dar un giro inesperado y va a plantar ante nuestros ojos una realidad insospechada, triste, cruel... La de los actuales habitantes de las antiguas colonias, víctimas de un pasado y una herencia que no les permite ni permanecer fieles a su cultura ni el acceso a un mundo que se les ha hecho ver como el ideal. La del hombre negro frente al hombre blanco.

Nos encontramos ante una manifestación literaria enmarcada en el movimiento de la Negritud. Este concepto fue empleado por primera vez por el martiniqués Aimé Césaire en el primer y único número de la revista *L'Étudiant noir* (1935), fundada por él, por el senegalés Léopold Sédar-Senghor y por el guayanés Léon Gontran Damas en su época de estudiantes en París. Lo volverá a emplear en 1939 al publicarse "*Cahier d'un retour au pays natal*", y será retomado por Léopold Sédar-Senghor en su libro de poemas "*Chants d'ombre*" (1945). Pero no es hasta el final de la Segunda Guerra Mundial cuando adquirirá amplia difusión como movimiento literario y político. Podemos datar la puesta de largo de este movimiento en 1947, tras la aparición simultánea en Dakar y París del primer número de la revista *Présence africaine*. Para Césaire, este concepto representa lo contrario de la *Francité*. Si esta pretendía la asimilación cultural de los pueblos colonizados, la Negritud manifiesta ante todo un rechazo de esos valores y la reivindicación de "los valores económicos, políticos, intelectuales, morales, artísticos y sociales de los pueblos de África y de las minorías negras de Asia y de Oceanía" (Léopold Sédar-Senghor), pueblos a los que habría que añadir el Caribe. La política francesa, en un hábil movimiento diplomático, ha sabido responder a este desafío con la acuñación de un término que ha tenido éxito y se ha extendido ampliamente gracias, entre otras causas, a la radio, la televisión e internet: la Francofonía, que ha sabido integrar en su seno a toda esta corriente de artistas e intelectuales.

La Negritud encontró un excelente compañero de viaje con el nacimiento del *Black Nationalism*, lo que le permitió extenderse más allá del ámbito de la francofonía, si bien autores como el Nobel Wole Soyinka ven en él un concepto reductor: "el tigre no proclama su *tigretud*. Salta sobre su presa y la devora".

Pero volvamos al libro que nos ocupa. Consta de dos partes, claramente diferentes en estilo, temática y extensión. La primera la constituyen los relatos cortos (*nouvelles*) y la segunda la forman los cuentos (*diracontes*), siendo estos últimos los que más se ajustan a este nuevo género creado por Francis Bebey.

Los 13 relatos que forman la primera parte tienen una extensión de entre ocho y dieciséis páginas (con algunas excepciones) y en su mayoría están escritos en primera persona. En ellos el protagonista, siempre negro, vive experiencias diversas, no exentas de humor y agudo sentido de la observación, en diferentes zonas geográficas del mundo. El hombre negro cosmopolita, y culto casi siempre (los elementos autobiográficos son abundantes, incluida la relación con la música), se enfrenta a situaciones que, partiendo de lo cotidiano, acaban ofreciéndonos otro punto de vista. Es curioso encontrar numerosas referencias a la cultura y la civilización españolas (baste citar el título del tercer cuento: "*Le concerto d'Aranjuez*"). Así, podemos conocer la inquietante historia de una joven africana y un evangelizador francés, o de un músico de viaje por Alemania, o de un africano casado con una chica blanca residentes en Nueva York, o de un africano propietario de un terreno al lado de un cementerio en su país natal, del que no sabe qué provecho

obtener, o los modos de ejercer el poder los regímenes nepotistas y dictatoriales salidos de las guerras de independencia.

Cierra esta primera parte un relato de carácter mágico que sirve de transición a la segunda parte, y que es el que da título a todo el libro. Lo explicaremos en unas líneas para ayudar a la comprensión del título. Dos niños, Dabi (un niño) y Sissia (una niña), encuentran una noche una gran luna roja que ha bajado a la tierra y se ha instalado en un cubo completamente rojo. Un ángel vendrá a explicarles que cuando tal acontecimiento tiene lugar, hay que formular un deseo. Los niños lo harán y la luna se lo concede sin mayor problema: ser siempre el primero de la clase en el caso del niño y que la abuela sea siempre amable con ella en la petición de la niña. Pero siempre hay una condición: que Dabi trabaje todos los días, y que Sissia siga siendo buena con su abuela. Como vemos, magia y realidad conviven en perfecta armonía.

La segunda parte se abre con un relato un poco más largo que el resto en el que el Señor Cuento da una rueda de prensa para proclamar el fin del cuento tradicional y su renovación, tal y como se le venía sugiriendo desde diferentes instancias. La última frase del cuento es “el cuento se acabó”. Esa u otra frase semejante (“diracuento se acabó”) cerrará casi todos los 17 breves cuentos que vienen a continuación, de entre dos y cinco páginas cada uno.

Se trata casi siempre de fábulas narradas en tercera persona, en mayor o menor medida moralizantes, semejantes a las de la tradición oral: animales humanizados, que hablan y conviven con humanos a los que quieren asimilarse y con quienes comparten sentimientos. Entre todos ellos destaca la liebre, presente en muchos como icono de animal astuto, hábil e inteligente. De hecho, en uno de los últimos, precisamente el de mayor extensión y que se aparta del resto por este detalle, es el consejero que ayudará a un joven ciego a conseguir la mano de su amada; en él podemos leer que la tradición concede a la liebre siete inteligencias y que es “casi tan astuto como la tortuga, que posee nueve, el máximo”.

En estas fábulas los personajes (animales), la estructura y el estilo se mantienen dentro de los cánones del cuento tradicional. Lo que las diferencia es la deriva que toman al final, a veces sorprendente, siempre de forma brusca, inesperada, alejada del hilo conductor que había servido para construir la historia. En ellas se omite la enseñanza moral y la interpretación queda abierta al lector.

Para finalizar no podemos pasar por alto que, como en toda tradición narrativa, la cosmogénesis ocupa un lugar importante. Para explicar la existencia del día y la noche, o por qué los animales tienen determinadas características y no otras, para entender la creación... para todo ello ofrecen una explicación estos cuentos. Y en esta cosmovisión se observa el orgullo de un pueblo, de una cultura en la que música, literatura y respeto por la vida en todas sus manifestaciones se hallan íntimamente unidas. Precisamente el último cuento, “*Sanza Africa*”, es una declaración de orgullo y amor a la tierra, a todos los seres vivos salidos del mismo origen (según este texto, de las manos de Nyambé, el Creador de los Bantú, en el mismo instante en que extraía las notas de su sanza, instrumento tradicional de cuerda del Oeste de África del que Bebey es un consumado intérprete). Y he ahí el valor de estas páginas.

“El cuento se acabó”.

Conclusión

Con todo lo que antecede hemos querido dar a conocer a un autor que, como decíamos al principio es desconocido para la mayoría de los lectores españoles (no digamos ya del público en general), y del que creemos que sería ya llegado el momento de hacer una traducción en español de alguna de sus obras. Hay otros autores que han caminado por el mismo sendero reivindicativo que Francis Bebey, pero, a pesar de la amplia presencia de este en medios de comunicación y de haber logrado reconocimiento en ciertos ambientes de Francia o de Estados Unidos, en España sigue siendo un perfecto desconocido. Antes de terminar queremos invitar a los lectores a buscar en YouTube alguno de los montajes realizados con sus temas musicales (por ejemplo uno de sus temas más conocidos, “*Aghata*”), o las imágenes de alguno de sus conciertos. Estamos seguros que para muchos constituirá todo un descubrimiento. Y que este descubrimiento les llevará a hacer una reflexión, aunque sea breve, sobre ese mundo que a menudo solo conocemos de pasada, sobre esa gran mayoría de la humanidad que constituyen las personas que sufren y son más víctimas que nosotros de eso que conocemos como la globalización.

Bibliografía

- Juan Goytisolo: *Noli me tangere*, El País, 3 de mayo de 2012
- Lagarde, André y Michard, Laurent: *Collection littéraire Lagarde et Michard (XX^e siècle)*, Bordas, 1988
- bebey.com/francis_bebey/francis_bebey_accueil.htm: web oficial de Francis Bebey
- Wikipedia